

UNA HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN DESDE OTROS VARIOS LUGARES

Alejandro Morea, 2020. *El ejército de la Revolución. Una historia del Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia*. Rosario: Prohistoria. 226 p.

*En todas las ficciones, cada vez que un hombre se enfrenta con diversas alternativas, opta por una y elimina las otras; en la del casi inextricable Ts'ui Pên, opta –simultáneamente– por todas. Crea, así, diversos porvenires, diversos tiempos, que también proliferan y se bifurcan.*¹

La productividad historiográfica de *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla* (1972), de Tulio Halperin Donghi, sigue evidenciándose cuando está próximo a cumplirse el medio siglo de su primera publicación. En efecto, la potencia de ciertas tesis explicativas allí vertidas, tal como la militarización de la política y la politización de las milicias y el ejército durante la década revolucionaria, siguen aún hoy generando fructíferos debates, los cuales nutren una mirada compleja de esos años que busca restituir las intenciones, incertidumbres y convicciones, aunque también los miedos, de los sujetos que los atravesaron. Varios de los tópicos abordados en aquella, central o tangencialmente, han configurado una agenda de trabajo al servir como referencia para el despliegue de muy diversas líneas de indagación que, en ciertos casos, han termi-

nado constituyendo campos específicos de discusión, especialmente estimulados por los aniversarios de los bicentenarios de 2010 y 2016. Si la revitalización de la historia política y su enriquecimiento con los aportes de la historia cultural derivó en una diversificación de estudios en torno de los múltiples recursos (discursivo-conceptuales, institucionales, eleccionarios, rituales, simbólicos) activados por las élites para legitimar la *causa de la libertad*, la historia social abrió las puertas a las preguntas sobre la experiencia de los actores en ese contexto que había trastocado su existencia cotidiana, ofreciendo ciertas posibilidades de movilidad ascendente tanto como imponiéndoles condiciones para rehacer sus vidas. A su vez, en un cruce entre ambas, la perspectiva historiográfica atenta a los sectores subalternos, populares o a la *plebe* (según los términos definidos por los distintos autores), ha ayudado a focalizar la atención en quienes el relato tradicional sólo había visto clientelas o comparsas de la decisión y acción de los grupos dominantes. En tal sentido, un creciente conjunto de estudios viene reconstruyendo cómo pensaron, vivieron, aprovecharon o resistieron la Revolución, intentando

¹ Jorge Luis Borges, «El jardín de los senderos que se bifurcan».

dar cuenta de sus propias motivaciones y concepciones sobre el poder, la autoridad y la legitimidad, puestas en jaque durante ese entonces. Más recientemente, una serie de trabajos sobre la guerra ha buscado insertar su explicación en la complejidad de factores que tramaron expediciones y batallas, aportando una renovada mirada sobre el proceso histórico desarrollado entre 1810 y 1820, en la cual los aspectos militares habilitan explicaciones sobre los recursos técnicos y materiales disponibles, pero también acerca de las estrategias coyunturales, las representaciones colectivas y las decisiones políticas implicadas.

El libro escrito por Alejandro Morea establece un intenso diálogo con el citado texto de Halperin Donghi y navega asimismo por todas esas aguas historiográficas referidas; en ambos casos, lo hace con un ritmo de viaje constante que no le impide, por momentos, atracar en uno u otro muelle temático, geográfico o cronológico. El resultado de su recorrido es una historia de la Revolución realizada desde uno o varios “lugares” que, precisamente por ese trayecto sinuoso con dinámicas alternas, resulta original e innovadora. De hecho, si bien *El ejército de la Revolución...* se vincula con su propia tesis doctoral y, de algún modo, retoma algunas de las puntas dejadas pendientes en ella (e incluso mantiene su misma opción teórico-metodológica), como libro conforma un producto intelectual distinto, con su propia lógica interna, su específico recorrido hermenéutico y su particular alcance interpretativo.² Es

2 Su tesis *De militares a políticos. Los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú y la carrera de la*

claro que ese previo estudio del conjunto de oficiales del Ejército del Norte que realizó en su trabajo de postgrado constituyó un paso clave tanto en el proceso de configuración de esta fuerza militar como objeto de análisis, cuanto en la formulación de su apuesta argumental de que habría conformado el ejército revolucionario por antonomasia. En efecto, ya allí delineó su propuesta del rol fundamental que, para la gobernabilidad de las ciudades del interior, tuvo éste; del mismo modo también, allí planteó su idea de que se habría constituido en un espacio de sociabilidad en el cual se habrían tramado relaciones (y enemistades), se habrían reproducido hábitos y comportamientos, labrado prestigios y circulado opiniones y saberes. Ambas consideraciones son retomadas en el texto publicado por Prohistoria Ediciones, pero ya no en calidad de conclusiones derivadas de una potente investigación, sino como nuevas hipótesis que le ayudan a construir una interpretación nutrida de multidimensionales perspectivas, de varios *lugares* desde los cuales la visión de conjunto resultante conforma una trama variopinta y original. Veamos por qué.

En primer lugar, como ya dijimos, esta obra de Morea retoma el camino transitado en su doctorado, esto es, la articulación entre historia política, social y de la guerra, aunque esta vez para ofrecer una historia de la Revolución desde otro *lugar* temático: la trayectoria de un ejército que

revolución, 1816-1831 fue realizada bajo la dirección de la Dra. Valentina Ayrolo. Fue defendida en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, en 2013.

nace y muere con ella. De tal forma, a través de la mirilla constituida por la deriva de una fuerza guerrera se pueden seguir los avatares de los gobiernos desde mayo de 1810 hasta la desintegración de las autoridades centrales a comienzos de 1820. Y todos sabemos que mirar las cosas desde otro lado nos devuelve una imagen diferente de un mismo objeto, acción o hecho. Esta estrategia le permite a este joven historiador, entonces, dar cuenta de una cara distinta de la experiencia revolucionaria, aquella que, con los pies en diversos escenarios de combates concretados, temidos o potenciales, recibió el impacto de los vaivenes institucionales de Buenos Aires y las marchas y contramarchas de las decisiones políticas, aunque también lo ayuda a marcar cómo, lejos de tener un rol pasivo, a la espera de lo que ocurría en la excapital virreinal, el Ejército Auxiliar del Perú pareció tener uno bien activo, tanto como para torcer medidas en aquélla según los éxitos y fracasos en las batallas, la presión de sus comandantes o de las tropas, las discusiones políticas en su interior y el apoyo dado o quitado al gobernante de turno. Observar el proceso desde este otro sitio temático le habilita, así, la recuperación de los aportes de esa amplia y diversificada agenda de investigación que referíamos al comienzo. Focalizarse en este actor militar le permite dar cuenta de la relevancia de los recursos simbólicos para la construcción de legitimidad (discursos, sermones patrióticos, festejos cívicos, elementos identitarios como banderas o escarapelas, referencias religiosas para la sacralización de la *causa*), un cuestión que viene siendo ampliamente desarrollada

por la historiografía sobre el período; sin embargo, también lo lleva a incorporar los resultados de los estudios recientes sobre los lenguajes políticos en relación con los términos de pertenencia (patria), los sujetos de imputación de la soberanía (pueblo, pueblos, nación) y los proyectos institucionales puestos en debate (monarquía, república, federalismo), tópico sobre el que Morea tiene como interlocutoras a Geneviève Verdo, Nora Souto, Noemí Goldman y Marcela Ternavasio. Asimismo, pararse en el escenario de las campañas militares septentrionales lo ayuda a observar tanto los condicionantes locales a la hora de salir a pelear, los cuales varias veces determinaron ciertos resultados más allá de la pericia técnica de los jefes (en la misma línea que vienen mostrando las investigaciones de Alejandro Rabinovich), como los modos en que la judicialización de la política y la milicia (analizados desde hace un tiempo por Iriña Polastrelli) afectaron a los miembros de este ejército en particular, a sus carreras y a las mismas decisiones tácticas a adoptar, tal como le ocurrió a Manuel Belgrano, sobre cuya memoria pesaba el procesamiento posterior a la expedición del Paraguay.

Este libro conforma, además, una apuesta a explicar la Revolución desde otro *lugar* geográfico, y es quizá aquí donde lo innovador del enfoque se aprecia aún mejor. Mirar el proceso revolucionario desde el interior del exvirreinato, desde los territorios arribeños, implica una muy relevante contribución a los esfuerzos historiográficos que se están realizando por descentrar el análisis de Buenos Aires, tal como lo han hecho ya

trabajos de Valentina Ayrolo, Gabriela Tío Vallejo y Beatriz Bragoni. Esta opción es metodológica y, sobre todo, es interpretativa, porque contribuye a visibilizar no sólo cómo impactaron las decisiones de los gobiernos centrales fuera del ámbito bonaerense, sino también el modo en que se apropiaron de esas medidas (es decir, qué hicieron con ellas) las diversas autoridades locales a partir de las tramas políticas, sociales y económicas en medio de las cuales actuaban. Morea no parece considerar al espacio como mero escenario sobre el cual los sujetos desplegaron sus decisiones, sino que le otorga un papel performador de éstas en tanto crea un marco de condiciones materiales cuyo desconocimiento jugó como factor clave para inclinar la balanza en un enfrentamiento bélico y para definir planes de gobierno. Y lo más sugerente al respecto es su idea de la producción espacial que habría realizado el propio Ejército Auxiliar, cuya actuación, luego de 1815, delineó un ámbito de incumbencia que, extendiéndose hacia el este, el sur y el oeste hasta Santiago del Estero, Córdoba y La Rioja, permite explicar por qué el área litoraleña fue construyéndose como ajena a él, hasta el punto de que el motín de Arequito, al despuntar el año 1820, habría tenido entre sus causas inmediatas (entre varias otras tales como la crisis de legitimidad) el rechazo de las fuerzas porteñas a avanzar sobre una espacialidad que no consideraban propia. Una ubicación interpretativa *desde* las entrañas de los territorios que buscaban gobernarse a partir del centro porteño permite dar cuenta del modo en que ellos impusieron lógicas y dinámicas, las cuales es necesario atender en las in-

terpretaciones, como se evidencia en el caso riojano abordado con minuciosidad. En efecto, este último ayuda al autor a dar cuenta del papel que comenzaba a tener ese enorme actor guerrero como garante de la adhesión a las autoridades centrales y domesticador de las conflictividades que fueron surgiendo cuando ya la Revolución llevaba todo el desgaste de un lustro de lucha.

No obstante, la opción de mirar el ya tan transitado proceso revolucionario desde este particular objeto de estudio aporta asimismo la posibilidad de repensarlo desde otro *lugar* cronológico. En efecto, ya no es la deriva de los gobiernos y las facciones porteñas lo que marca el ritmo explicativo sino las potencialidades y las consecuencias de combates, tácticas y estrategias desplegadas sobre los terrenos altoperuanos, jujeños, salteños y tucumanos. La periodización a partir de las campañas y las etapas del Ejército norteco ilumina otras temporalidades y otros clivajes, los cuales marcan otras certezas e incertidumbres en esos hombres cuyas urgencias, peligros y esperanzas estaban tamizados por consideraciones específicas que no podían ser siquiera entrevistas desde Buenos Aires. De hecho, el texto muestra cómo ese mismo pulso impuesto por los éxitos y los fracasos militares septentrionales marcaron el paso de las decisiones políticas, y por supuesto las militares, en ese centro de poder, obligando a retroceder de posturas más radicales o a retomarlas, según la situación, focalizar el esfuerzo bélico en fuerzas y puntos territoriales alternativos (ya fuera el sitio de Montevideo o la campaña sanmartiniana, de acuerdo a la coyuntura).

Finalmente, Morea propone una historia de la Revolución desde otro *lugar* social, el cual se constituye en una mirada dialéctica en tanto no se queda en el sitio de las élites ni en el de los sectores subalternos, sino que hace de ella un puesto de observación para recuperar las tensiones y los acuerdos entre unos y otros, las experiencias de unos y otros, los temores y expectativas de unos y otros. De tal forma, su relato plantea el cuadro de condiciones sobre el cual tomaron sus decisiones los jefes, pero también atiende a las intencionalidades de esos sujetos que podían hallar en la vida militar una posibilidad de ascenso social a través de capital simbólico tanto como material. Esto le permite recuperar los propios aportes de su tesis doctoral respecto de la idea del Ejército Auxiliar como un espacio de sociabilidad en el que se forjaron redes de relaciones, las cuales habrían servido a muchos hombres de sostén en el trayecto de cierta movilidad a través de su vinculación con familias tradicionales del norte o a través de su propia inserción en el *cursus honorum* político. También le brinda al autor la oportunidad de entrar en diálogo con los aportes realizados por Gabriel Di Meglio, Raúl Fradkin, Marisa Davio y toda una historiografía que, en forma creciente, viene restituyendo el rol activo de los sectores subalternos en el proceso revolucionario. Sin embargo, este otro *lugar* social desde el cual el libro está escrito implica asumir una relación dialéctica en el análisis que articula lo individual y lo colectivo como elementos dinámicos en las acciones y los proyectos. Así, se presta atención tanto a los personajes como a los grupos, a los co-

mandantes como a las tropas, a los intereses personales como a los de una fuerza que claramente no conformaba un foco de presión corporativo (y Morea lo precisa bien), pero que logró imponer su peso en la marcha revolucionaria en más de una ocasión.

Desde hace ya varias décadas, la historiografía dedicada a estudiar el proceso revolucionario en los territorios que integraban el Virreinato del Río de la Plata viene mostrando una enorme potencia explicativa a través de diferentes opciones temáticas, metodológicas y hermenéuticas. Muchas de ellas han sido estimuladas por los propios interrogantes que cada momento presente genera, desde la cuestión de la construcción de la legitimidad y la autoridad, a las formas de participación popular, la visibilización de sujetos históricos (esclavos, mujeres) y el rol de la justicia. La propuesta de este libro nos remite claramente a todo eso, aunque también a la integración de la espacialidad en las discusiones históricas, ya no como simple escenario, sino como elemento estructurante y estructurado de y por las sociedades. En tal sentido, su historia de la Revolución desde esos varios *lugares* que hemos intentado precisar contribuye a repensar los procesos de integración política, social y territorial como tramas complejas en las cuales las periferias no serían tales, sino que tendrían un eficaz y eficiente rol activo y creativo. Del mismo modo, la variedad de perspectivas incorporadas en su texto descarta toda mirada teleológica para restituir las incertidumbres, los temores, las esperanzas y el carácter abierto de una Revolución cuyos protagonistas no sabían cómo terminaría

y que, por tanto, la abrían a nuevas posibilidades, a nuevos senderos que se bifur-

caban en cada decisión, omisión o acción que emprendían.

Eugenia Molina

Universidad Nacional de Cuyo / CONICET